

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Por Miguel de Unamuno

RECOGIDO EN “De esto y de aquello” tomo 1



(Para LA NACION)

SALAMANCA, julio de 1921.

NO para olvidar sino para digerir mejor las amarguras del presente en esta prisión—que tal es, de hecho—de la ciudad en que se nos tiene, hemos estado leyendo la “Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España” que, ya viejo, escribió el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de los “verdaderos conquistadores”, como él dice, que fué con Hernán Cortés a Méjico. Escribióla dolido y hasta indignado de que el cronista Francisco López de Gomara atribuyera a Cortés, luego Marqués del Valle, el mérito todo de la hazaña.

Pocos libros, si es que alguno hay en castellano, de una lengua más viva, más enjuta, más hablada. Se le oye en el libro al viejo capitán, al que en sus mocedades mereció ser llamado galán. Y sorprende cómo el poeta francés José María de Heredia, que tradujo el retórico y no más que escritor Solís, no lo hizo con este hombre. Verdad es que Heredia, el de los cincelados sonetos de “Los trofeos” era un académico.

Robertson hablaba del amor propio y vanidad tan graciosos del viejo capitán Díaz del Castillo. No vemos la vanidad. “Dignos éramos de estar escritos en letras de oro”—dice una vez el conquistador, y lo repite, pero... ¿vanidad? Y en el capítulo 21o, escribe estas memorables palabras: “Miren las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazafiosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores para nuestro rey y señor y entre los fuertes conquistadores mis compañeros puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en cuenta de ellos y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad...”

Si cuando hace ya diez y seis años escribí mi “Vida de Don Quijote y Sancho” hubiera conocido este pasaje de Bernal Díaz del Castillo no hubiera dejado de mentarlo al comentar aquellas palabras del Caballero a Pedro Alonso cuando éste le encontró revolcándose por el suelo y molido a palos por los mercaderes, y fueron las de: “¡yo sé quien soy!” Pero si Dios me da salud y esta nuestra cautividad acaba, pienso dar unas conferencias sobre el Quijotismo—y quiero que sean ahí, en esa República Argentina—lugar y tiempo tendré de mostrar que el yo a modo de Don Quijote y de Bernal Díaz del Castillo es la categoría moral más desinteresada, más pura, más universal, más abnegada y la menos egoísta y la menos vanidosa.

18

Ley

Actos





m

"Yo no soy testigo de mí mismo" —decía el capitán, pero hablaba de sí, como hablaba el Cristo diciendo que su Padre atestiguaba por él.— Y la verdad por el capitán y por el caballero.

Viejo, pobre, con hijas por casar, escribía el capitán sus hazañas, para que digan en los tiempos venideros: "Esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos". Que no fué de los que se ahogaron por salvar el oro, como aquellos soldados de Pánfilo de Narváez de quienes nos dice que sí "murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar". No era de los que decían: "¡Oh, qué triste está el alma mía hasta que la suerte vea!" No era de esos Bernal Díaz del Castillo, el que recordaba la frase del obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca a Carlos el Emperador cuando le pedía que se castigase a Cortés y fué que "más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar".

¡Más riqueza es hacer justicia! Y esto lo sentía el viejo capitán de la Nueva España, el del "yo, yo, yo" que aunque, como él mismo nos lo declara, no sabía latín—¡ni falta—conocía sin duda, en llano romance aquella definición latina de la justicia que dice que es "suum cuique tribuere", esto es: "dad a cada uno lo suyo" y sentía que aquí está el peso tanto como en el "suum", lo suyo, en el "cuique" (de "quisque") en el cada uno. Y que no tiene sentido de justicia el que no reconoce en cada uno ("quisque") su "cada unidad" ("chascunerie" diría Montaigne) su individualidad, su yo.

¿Cómo murió el viejo capitán que en 1568 se puso a escribir sus hazañas? Murió, al parecer, de su muerte. Y esto de "morir de su muerte" es expresión suya. Pues en el capítulo 205 de su Historia al contarnos las muertes de sus compañeros—de quinientos cincuenta que pasaron a Méjico sólo quedaban en ese entonces vivos cinco—nos va diciendo que éste murió en poder de los indios, el otro en las puentes y así va diciendo, y de los que murieron tranquilamente, de enfermedad y no por guerra, nos dice que "murió de su muerte". ¡Qué hermosa expresión! Y a él, a Bernal Díaz del Castillo, Dios y su bendita Madre Nuestra Señora le escaparon a no ser sacrificados a los ídolos, "e me libró—dice—de otros muchos peligros e trances para que haga ahora esta memoria". No para que se hiciese rico; no para que pudiese dotar bien a sus hijas.

Y en ese viejo relato del viejo capitán conquistador, solemne y llano y escueto y austero como las llanuras de Medina del Campo donde nació y se crió el héroe—héroe de la





espada y de la pluma—hay de pronto frescuras como la de aquel árbol que encontró en Naco, “un árbol en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón y caía del uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas”. Y todo ello dicho “según nuestro común hablar de Castilla la Vieja”, el hablar que el conquistador llevó a la Nueva España.

“Volvemos a nuestro cuento”—dice de vez en cuando el capitán—capitán de cronistas también—cuando se desvía de él. Y lo va contando pasó a paso, vigorosamente, con memoria de viejo que narra a sus nietos, junto al fogón, sentado en el escaño, las proezas de sus mocedades. Y la ternura del corazón ablandado y aduciguado por los años—como la fruta ya más que madura—se aparenta en frases tan sencillas, tan sobrias, como ésta: “y murió el Garay fuera de su tierra, en casa ajena y lejos de su mujer e hijos”. O se sonríe recordando al otro, al que llamaban “Tarifa el de las manos blancas” y dice: “también era natural de Sevilla; murió en el río del Golfo Dulce, en el viaje de Higueras; ahogóse él e su caballo, que nunca parecieron más”.

Y este hombre—¡todo un hombre!—Bernal Díaz del Castillo, el que dijo de Cortés, de sus compañeros y de sí mismo cuando los recibió el gran Montezuma: “¡qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?”, este hombre—¡todo un hombre!—al contar cómo Cortés mandó ahorcar a Guatemuz (Guatimocin o Quantiteuroc) dice sobria y llanamente, a su modo castellano: “Y que esta muerte que le dieron muy injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada”. Y al escribir esto, años después, ya viejo y pobre, y en paz, recordaría las palabras del obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, al emperador Carlos de Habsburgo de que “más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar”.

Se oye en esa “Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España” la voz de Bernal Díaz del Castillo, como si sonase al aire libre y a la luz del sol, llevada por el aire sutil de la meseta castellana o de la mejicana y no como voz “vagarosa e entonada, como que salía de bóveda” según nos dice de la del capitán Pánfilo de Narváez.

¡Y lo que podríamos contaros aún de este hombre! El, llevándonos a tiempos y lugares remotos, entre dispersos olvidos, nos ha hecho zamborzar durante unos días en las raíces del presente histórico: él nos ha hecho sentir que “más riqueza es hacer justicia”; él nos ha hecho meditar en el valor infinito del individuo, de cada uno, del yo: él nos ha refrescado nuestra españolidad.

Jarugo

